

SINDICATOS Y AGITADORES REVOLUCIONARIOS NACIONAL-SINDICALISTAS 1931-1936

EMILIO GUTIÉRREZ PALMA

INTRODUCCIÓN

La República y las teorías del utopismo marxista en España han servido para darnos la justa medida de la capacidad y de la razón revolucionaria del pueblo. Es verdad que en España, desde hacía cincuenta años, se había avivado la pasión revolucionaria en los bajos fondos sociales y en las mentes humildes; que las consignas antinacionales fueron ganando poco a poco a la clase obrera, y que debido a esa labor insistente y tenaz de los agentes provocadores al servicio del imperialismo soviético y del capitalismo [...] fue posible la implantación de la República, la participación del partido socialista en el gobierno de España y toda la serie de intentos de golpe de Estado por parte de los revolucionarios marxistas y anarquistas.

Pero si bien es verdad todo ello no es menos cierto que gracias a esa actividad revolucionaria de marxistas y anarquistas para desnacionalizar y barbarizar a España, ha sido posible un diez y ocho de julio revolucionario y liberador. Ese día no hubiese llegado si los agentes mercenarios de la traición no llegan a descubrir sus criminales intenciones de adular al pueblo primero, para después usarle en la guerra contra su propia casa y familia, aherrojándole por último en el abismo terrible del hambre, del crimen y de las cadenas.

Así muchos de nosotros, que desde nuestra primera hora revolucionaria trabajamos junto a la bandera roja de “los sin patria”, llegó un momento que vimos con claridad que nuevos soles comenzaban a alumbrar a la patria del pan y de la justicia, eclipsando a la luz mortecina de las estrellas de cinco puntas, que a lo sumo nos enseñaban minúsculas raciones de rancho cuartelero, sin familia y sin tierra. Así nacimos al Imperio los primeros obreros nacional-sindicalistas, entre estrellas sin rumbo, tristes y decadentes y soles nuevos de Patria, Pan y Justicia.

Al principio, nadie nos dio la mano para salir de entre el barro materialista y sangriento que cegaba casi todos los rincones de España. Sólo nuestra fe y nuestro afán de liberación nos ayudó a alejarnos cada día más de los errores bolchevistas, en busca del surco que hiciese fecundo nuestro trabajo revolucionario y creador. ¡Terribles días los que seguían a cada deserción del sindicato anarquista o de la Casa del Pueblo! La pistola asesina de los agentes mercenarios a sueldo de las organizaciones internacionalistas, buscaban con ansia incansable la carne escuálida de los trabajadores hambrientos y rebeldes que huían al control de los ficheros rojos y se negaban a satisfacer las cuotas sindicales.

Con esas “razones” querían convencer a los que, dudando de la sinceridad y de la eficacia revolucionaria del marxismo y del anarquismo, desertaban de las filas internacionalistas. No negamos que por miedo a las pistolas hubo muchos que torcieron su intención; pero tenía que llegar un día en que ni la amenaza, ni el hambre, ni la pistola tuviesen el poder suficiente para volver de su acuerdo a los que se convencían de que sólo la traición y la vagancia se albergaban en las secretarías sindicales de las Casas del Pueblo o de los Ateneos Libertarios. Ese día llegó. Cuando en la calle, en el campo y en claustros universitarios apareció una bandera sindical y revolucionaria. Esa bandera la aventaban las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista). En torno a esa bandera se organizaron los primeros grupos de obreros revolucionarios disidentes de los sindicatos internacionalistas.

De esa manera, las unidades rebeldes sueltas y descarriadas, que hasta entonces habían estado a la intemperie, sin control y sin protección colectiva, quedaban para siempre armadas y protegidas por una bandera y por la acción conjunta de los que hasta entonces, por estar solos, habían sido débiles. Ya había base sobre la que ir construyendo la gran catapulta que destruyese al marxismo invasor y anti-obrero.

ANTECEDENTES

Tres fases o épocas pueden determinarse en el desarrollo de la organización sindical revolucionaria de FE de las JONS desde su aparición hasta el movimiento revolucionario del 18 de julio. La primera comprende desde la aparición en España de las primeras JONS hasta su fusión con FE; la segunda, desde que se realiza dicha fusión, incluyendo en esta época la revolución socialista de octubre del año 1934, fecha en que a su vez asumen las responsabilidades del poder los partidos de derechas, con el señor Gil Robles al frente de ellos, y por último, la época del mandato Azañomarxista, que comprende desde las últimas elecciones de febrero, que ganan los partidos de izquierda, hasta el levantamiento revolucionario del ejército y del pueblo el 18 de julio del 36.

Cualquiera de estas tres fases o épocas que comprende el primer periodo del nacional-sindicalismo está llena de interés, por que a través de ella, y en acto de servicio, se ha forjado la historia del movimiento, cuajada de sacrificios y de actos heroicos realizados las más de las veces por camaradas que por toda fortuna tenían la noche y el día. No tenían más que eso y, sin embargo, se lo jugaban a todas horas; muchos lo perdieron, pero a cambio de ello ganaron la gloria de ser los primeros en guardia sobre los luceros, que ya a estas horas adornaban la grandeza del naciente Imperio Nacional-Sindicalista.

LAS JONS

Con la aparición de las primeras JONS en Madrid, en Valladolid, Zaragoza y algunas capitales más de España, comenzó la agitación nacional-revolucionaria en las dos grandes centrales sindicales que entonces ejercían el control de la casi totalidad de la clase obrera sindicada: UGT y CNT. Por el Triunvirato Nacional de las JONS, constituido por Ramiro Ledesma Ramos, Bermúdez Cañete y Onésimo Redondo Ortega, se cursaron, por orden circular en que había grupos jonsistas, las primeras consignas para llevar a cabo una labor eficaz de captación y agitación dentro de las centrales sindicales antes mencionadas. Eran estas: “1ª Incrustar dentro de los grupos sindicales de dichas centrales todos los elementos obreros afines a nosotros; 2ª Que estos camaradas se encarguen de la agitación revolucionaria nacional-sindicalista dentro de esos grupos sindicales, hasta conseguir formar una gran potencia de oposición nacional-sindicalista que descomponga la unidad sindical; 3ª Una vez desarticulados los cuadros sindicales marxistas y anarquistas, nos será fácil la constitución de sindicatos revolucionarios nacionales y anticlasistas; 4ª La forma más fácil y eficaz para conseguir lo que nos proponemos es: que apoyados en la inmoralidad política y económica y en la traición de que son responsables a diario los jefes marxistas y anarquistas ante los trabajadores de España, se les flagele violentamente en reuniones y asambleas sindicales, para que, poniendo de manifiesto su conducta, se les desprestigie y se les anule para la acción sindical revolucionaria.”

Estas fueron las primeras consignas que sirvieron de base y de lección posterior, en la lucha contra los enemigos de la Patria y del trabajador.

No sabemos si estas consignas llegaron a estos lugares que se enviaron, por que el servicio de correos, en manos de los marxistas, intervenía y boicoteaba la correspondencia nacional-sindicalista. Creemos que no, porque nada se

hizo en este sentido; a Valladolid sí llegaron porque Onésimo Redondo, que había intervenido en su elaboración en Madrid, a su regreso las trajo consigo. No había que perder tiempo para probar si éramos capaces de dar la batalla al marxismo y al anarquismo en su propio terreno. Así lo dijo Onésimo al día siguiente de llegar a Madrid con las consignas.

Por entonces al frente de las JONS de Valladolid había un Triunvirato compuesto por Onésimo, Zatarain y González. Este último era el primer obrero incorporado al nacional-sindicalismo. Trabajaba en el ferrocarril del norte y nunca había militado en organizaciones de tipo internacionalista. Camarada de honradez acrisolada, carecía, no obstante, de capacidad suficiente para la dura tarea que se nos avecinaba. Su gran amor a la causa nacional-sindicalista le llevó a la cárcel y a perder el jornal con que atendía las necesidades de su casa.

Por aquellos días el que estas líneas suscribe se había incorporado al movimiento. Yo llegué a la organización presentado por varios amigos estudiantes que sabían mi pasado político-social y en la situación que entonces me encontraba.

Hacia cerca de un año que social y prácticamente me hallaba inactivo. Militante activo en el partido socialista y en la UGT desde los diecisiete años, a partir de los cuales pasé a formar en los cuadros de la CNT. Dos años actué en la mencionada organización; pero cuando me convencí de que la injerencia de la FAI en la CNT era decisiva y permanente, me aparté de ellas como antes lo había hecho de la UGT marxista.

Yo ingresé en esas organizaciones de tipo obrerista porque comprendía que frente al conjunto unido del capitalismo era necesario agruparse en organizaciones de clase si queríamos defender nuestros legítimos derechos. Me parecía muy bien que frente a la clase capitalista, constituida por los menos y los peores, opusiéramos la potencia numérica de los mejores y lo más. Así pensaban todos los que a las Casas del Pueblo y a los Ateneos Libertarios concurríamos, y así pensaba yo hasta que fui penetrando en los secretos tenebrosos y en las interioridades sucias del internacionalismo de clase. Cuando por mi condición de viejo militante me fue dado el derecho de intervenir de cerca en los destinos de esas organizaciones, pude cerciorarme de que la misión y defensa de la clase trabajadora era un mito y una tapadera, ya que detrás de todo ello jugaban intereses políticos y financieros de tipo internacional para poner a España a los pies del imperialismo bolchevique y del capitalismo [...] financiero. La implantación de la República en nuestra nación y la participación de los socialistas en el gobierno de la misma, los trapicheos, los *affaires* y los enchufes de los mismos me convencieron del todo de que los trabajadores nada podíamos esperar del sindicalismo de clase ni de sus jefes en defensa de nuestras legítimas aspiraciones. Lo mismo que yo pensaban y creían muchos, pero el miedo a las pistolas mercenarias de los marxistas fue un dique para que llevarsen a cabo su determinación.

Cuando esto ocurría me encontraba yo en los altos hornos de Vizcaya trabajando. El nombre del plutócrata y traidor Prieto rodaba en boca de los trabajadores como un símbolo sagrado e intangible. Me repugnaba tanto aquel servilismo y aquella ignorancia a la vez hacia el granuja que todo lo empujaba en su medro personal, que no pudiendo aguantar tanta idiotez y tanta masedumbre en los mismos que debían haberle colocado en la horca, tuve que predicar contra él y contra sus crímenes y traiciones en los mismos lugares de trabajo. Gritar en aquel entonces en Bilbao contra el grasiento Prieto, era tanto como hacer oposiciones a un lugar en el cementerio. No había de pasar mucho tiempo sin que yo sufriera la respuesta a mis gestos audaces descubriendo las traiciones del jefe socialista. Así que un día, cuando después del trabajo, ya de noche, me dirigí hacia el pueblo minero de Ortuella, las pistolas asesinas del marxismo antiobrero quisieron clavar su mortífero plomo en mis músculos y en mis entrañas; sólo un milagro pudo evitarlo.

Como la vida se me hacía imposible, hube de regresar a Valladolid, donde las pasiones y el odio de clases se hallaban también fuera de tono. Los socialistas en el poder, los ayuntamientos y las diputaciones en sus manos, sojuzgaban tiránicamente a la clase trabajadora y al obrero que se negaba a llevar el carné de la Casa del Pueblo, se le prohibía comer y trabajar. No me pilló de sorpresa, porque eso mismo ocurría en Vizcaya y en el resto de las provincias de España.

Mi espíritu, rebelde a toda clase de tiranía y de opresión, ya venga de arriba o de abajo, me hizo pensar en organizar la oposición a tanto atropello y brutalidad. No encontraba el medio ni la forma por parte alguna, hasta que los amigos estudiantes de que antes hablé me dieron a conocer que se estaba empezando la formación de unos grupos políticos que se iban a llamar "Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista". Pregunté si entre los que formaban parte había obreros, y me dijeron que sólo estudiantes, pero que uno de los objetivos principales era la captación de los núcleos de trabajadores. Aunque dudaba de la eficacia de aquellos grupos que empezaban por llamarse revolucionarios, pensé que al menos dentro de los mismos mi labor había de ser más eficaz y más fácil y posible.

Ingresé cuando acababan de llegar aquellas consignas que Onésimo Redondo trajo de Madrid. Me pusieron al habla con él, y después de conocer mis antecedentes político-sociales, convinimos en que fuese yo el encargado de ver la forma de realizar dichas consignas. Ni a él ni a mí se nos ocultaban las dificultades y peligros que ello suponía; pero él, muy optimista, y yo mucho más, decidimos poner manos a la obra desde aquel mismo momento.

LOS PRIMEROS PASOS

Por ser yo persona conocida de los elementos que mangoneaban la Casa del Pueblo de Valladolid, me estaba vedado acercarme a las reuniones sindicales que allí se celebraban. Por lo tanto tenía que desechar la idea de ser yo el que hiciese la labor de agitación dentro de la organización. Conocía muchos elementos obreros militantes activos en los sindicatos internacionalistas, pero que a pesar de ello conservaban conmigo una vieja amistad que nada tenía que ver con la rivalidad sindical. Ninguno de ellos ostentaba cargo en las directivas, y eso me pareció que sería una gran cosa para su captación. No fue cosa fácil conseguirlo, pero a los tres meses de labor se había logrado que en la totalidad de los sindicatos afectos a la UGT y a la CNT hubiese elementos sueltos que laboraban diariamente por la captación de nuevos camaradas. En diciembre de 1932, grupos de oposición perfectamente disciplinados y actuando en el mayor secreto flagelaban con su acción demoledora la unidad y disciplina sindical de los sindicatos rojos.

En aquel mismo mes de diciembre teníamos que celebrar la asamblea anual que los reglamentos de las JONS prescribían. Como dichos estatutos estaban registrados en el Gobierno Civil de la provincia la autoridad nos comunicó la obligación de reunión. Como el fichero era secreto, el gobernador, un tal Guardiola, de pésimos antecedentes, nos obligó a la reunión, no para darnos facilidades en el desenvolvimiento político social, sino para conocer a los que pertenecíamos a las JONS. Por tener el domicilio social clausurado, hubimos de solicitar un local en la calle Duque de Lerma, propiedad de una sociedad de conductores de automóviles en la que yo intervenía directamente por ser buen amigo de los que integraban la directiva. La casi totalidad de esta sociedad pasó después a formar parte de nuestros sindicatos, y en la actualidad todos son excelentes camaradas.

Allí nos reunimos en los últimos días de diciembre. A la reunión acudimos unos cien camaradas. El resto, que eran bastantes no acudieron acaso por precaución. Los responsables más directos, excepto Onésimo, que se hallaba expatriado en Portugal, los camaradas de más empuje y mayor decisión estaban presentes. Entre los asistentes había numerosos obreros, entre ellos Florencio, Bombín, González, Matarranz, etc. Los camaradas de los grupos de oposición no asistieron. En el orden del día iba la renovación del Triunvirato provincial. Se me propuso para presidente del mismo, y sin discusión fue aceptado y de la misma forma la acepté yo. De esa manera recaía sobre mí la responsabilidad política y sindical a la vez. He de hacer notar que por aquel entonces el único triunvirato provincial existente era el de Valladolid.

La presencia en la asamblea del delegado de la autoridad nos impidió tratar de asuntos de gran trascendencia, tales como la necesidad de ir a la inmediata creación de sindicatos. Ya fuera del local, todos los camaradas obreros coincidían en la necesidad de crear sindicatos, ya que esa era la única forma de poder trabajar sin ser molestados por los elementos marxistas. “Nos dicen que si no llevamos *carne* no podemos trabajar. Pues bien, formemos nuestros sindicatos, pongámosles dentro de la ley y así tendremos *carne* sindical”. Así hablaban los camaradas obreros que asistieron a la reunión.

Al día siguiente me reunía con los camaradas de los grupos de oposición para cambiar impresiones sobre el particular y acordamos que esos grupos opositores siguiesen desarrollando su actividad acostumbrada, pero a la vez que se constituyesen los primeros sindicatos nacional-sindicalistas, considerando que ello sería eficaz, ya que si la acción destructora de los grupos opositores iba acompañada de una eficaz tarea constructiva, era muy posible que el fruto fuese mayor. Así se acordó, y desde aquel momento se empezaron a dar los primeros pasos. Acordamos que su denominación sería “Sindicatos Nacional-Sindicalistas Autónomos e Independientes”.

MARCHA DIFÍCIL

Pronto se corrió la voz entre los trabajadores de que las JONS, como ellos nos llamaban, iban a constituir sindicatos de oposición a la UGT y a la CNT. Entre los dirigentes de la Casa del Pueblo, la estupefacción y la sorpresa fue mayúscula. No comprendían que en plena euforia socialista y con la protección del gobierno azaño-marxista para

las casas del pueblo hubiese gentes audaces que se atreviesen a cruzarse en su camino.

Efectivamente, obrábamos con audacia. En nuestros órganos periodísticos *Libertad e Igualdad* hablábamos de la constitución de nuestros sindicatos como si contásemos con miles y miles de camaradas, cuando en realidad sólo unos cuantos fanáticos nos arriesgábamos en la gran aventura. Pero los marxistas de la UGT y los centristas y anarquistas no debían pensar igual por cuanto en *Adelante*, semanario de la UGT gritaban llenos de miedo diciendo: “Es hora de acabar con las provocaciones de la canalla fascista. Primero abrieron un domicilio, después tiraron unas hojas, a continuación un semanario y finalmente se atreven a crear sindicatos de tipo ‘amarillo’ para que dividan a la clase obrera. ¿Hasta cuando vamos a consentir tanta provocación? ¿No se ha enterado aún el gobierno?”

Esa forma de expresarse nos animó a seguir con más fe sobre el yunque, y tal fue nuestra prisa en obrar, que todo les pilló de sorpresa; preparamos los estatutos por los que habían de registrarse los sindicatos y los llevamos al delegado de Trabajo para su aprobación. Se hicieron algunas modificaciones que él nos dijo que eran necesarias para situarnos dentro de la ley, y nos fueron sellados y firmados. Cuando los socialistas Cabello —entonces diputado— y Valseca, secretario de la Casa del Pueblo, acudieron al delegado de Trabajo para impedir se nos situase dentro de la ley, ya era tarde pues todo estaba hecho. De esa manera, debido a nuestra actividad, ganábamos la primera partida a los energúmenos de la Casa del Pueblo. Cual no sería nuestra prisa en obrar que en menos de un mes habíamos logrado preparar estatutos, instancias, cuadros de mando y gente suficiente para los siguientes sindicatos: mecánicos y conductores de automóviles, industria hotelera y similares, y dado los primeros pasos para la creación de una Federación Sindical Agraria. Cuando todo esto estaba hecho y asegurado, publicamos en nuestra prensa las siguientes notas:

“De nuestra actividad sindical.— Sigue el entusiasmo entre los mecánicos y conductores de automóviles y similares para la más rápida constitución de un sindicato autónomo e independiente. Diariamente los organizadores reciben ofrecimientos, visitas y adhesiones. El triunfo es ya un hecho, pues el número probable de los asociados con que ha de contar el sindicato aseguran su potencialidad”.

“Está terminándose la tirada de reglamentos. Ya se ha elevado la instancia a la delegación de Trabajo. Y en cuanto quede todo formalizado se abrirá el domicilio en el que se celebrará la asamblea para la elección de la junta directiva, empezando a funcionar inmediatamente con todo entusiasmo. Han de ser las características de este sindicato el espíritu de equidad y la energía extremada en la defensa de sus intereses: será intransigente con todo egoísmo, pero sabrá también apreciar y plegarse a toda actividad comprensiva”.

“El viernes se tuvo la primera reunión con un grupo de camareros, que tras breve charla quedó convertido en comité organizador de su sindicato. Empezará en seguida a actuar y se espera que para la semana que viene podrá formarse el nuevo sindicato. Desde luego, el éxito está asegurado, puesto que sólo existe el afecto a la UGT y son muchos en él los cotizantes forzados que están deseando una ocasión para abandonarle”.

“Se empiezan a pedir informes a los pueblos de la provincia para la formación de los sindicatos que han de formar la Federación Sindical Agraria de Trabajadores del Campo. Entre hoy y mañana saldrán ciento cincuenta cartas y en días sucesivos seguirá esta labor informativa. Una vez reunidos los informes empezaremos la labor constructiva. Se está estudiando punto por punto el que ha de ser el Reglamento de estos sindicatos de obreros agrícolas”.

Esto decíamos en *Igualdad* el 23 de enero de 1933. Tal preocupación les produjo a los marxistas nuestra actividad que, viendo perdida la partida, apelaron a la violencia, y al día siguiente de publicadas las anteriores notas, algunos de nuestros camaradas no pudieron entrar al trabajo por impedirlo los marxistas. No debieron estar muy seguros de sus fuerzas por cuanto al día siguiente cuando nuestros camaradas después de recibir órdenes de la Jefatura Sindical, se presentaron al trabajo, no había nadie que se lo impidiese. Era una nueva partida que ganábamos, la de la violencia.

Al día siguiente de ocurrir esto nos decidimos a la constitución del primer sindicato, el de conductores de automóviles o transportes. Como la asamblea de constitución había de ser forzosamente pública, la Casa del Pueblo envió a ella elementos provocadores que impidiesen la constitución del sindicato, Entre ellos estaban los chulos y matones de Valladolid. De unos ciento cuarenta que aproximadamente asistieron, sólo unos veinte eran camaradas nuestros. Yo, que vi el panorama, dudé por un momento en celebrar la asamblea, al menos hasta ver si acudían algunos camaradas más.

Había pasado una hora más de la que estaba anunciada para su celebración, y yo, sentado en la mesa frente a todos notaba que entre la gente había mar de fondo. Desde mi mesa oía discutir a los marxistas impacientados. Tal era el tono de las conversaciones, que llegué a pensar que aquello era posible terminase violentamente. Yo, precavido, no

dejaba la pistola de la mano, metida en el bolso del pantalón.

Por fin un tal Cabezas, mercenario perpetuo de la Casa del Pueblo, pidió la palabra diciendo: “Queremos saber que hacemos aquí, pues si se nos ha llamado para constituir un sindicato, debemos hacerlo, ya que es pasada la hora anunciada”. Me disculpé de la manera más hábil que pude, pero sin llegar a convencerles. Yo no quería celebrar la asamblea, porque como la elección de la junta directiva tenía que ser elegida por mayoría de votos, al ser ellos más, necesariamente los cargos directivos habrían de ir a parar a manos de ellos. Ellos lo sabían y lo llevaban previsto y si lo conseguían, con no acudir después a las reuniones del sindicato, ni habilitar libros, etc., lograban boicotear nuestra organización de la manera más fácil. Habían perdido la partida por dos veces y no querían resignarse.

Hubo otros varios que pidieron la palabra y como viese yo la mala intención que ponían en la discusión salí fuera de la mesa para decir: “Camaradas, esto se ha terminado. Es muy tarde, son las once de la noche y debemos ir a cenar y descansar”. El alboroto fue mayúsculo, todos protestaban. No me pude contener y encarándome con el Cabezas y un tal Carrasco —comunista éste— que eran los que capitaneaban el rebaño, les hablé de la manera más violenta que puede hablársele a un hombre. “¿Quién ha mandado reunir la asamblea?, ¿yo?, pues yo soy el que la disuelve”. Así terminé.

Toda la noche me la pasé pensando como arreglaría yo lo que a todas luces era un fracaso, ya que nuestros enemigos habían logrado abortar lo que nos proponíamos. Para ganar lo perdido había que obrar audazmente, porque no cabía duda que tantas veces intentase repetir lo del día anterior otras tantas me ocurriría igual, ya que los marxistas habían encontrado el procedimiento.

Con más audacia que nunca me decidí a obrar. Repasé la lista de los camaradas de más confianza y de entre ellos saqué los nombres de los que habían de formar la directiva. Levanté acta de la reunión, y como hiciese falta en las actas de constitución las firmas de quince de los asistentes, cuanto menos, me pasé por sus domicilios y me las firmaron. Nos fueron sellados los libros y comenzamos a actuar. Otra vez y de forma definitiva habíamos vencido a los marxistas. De esta forma tan accidentada se había constituido el primer sindicato Nacional-Sindicalista.

A este sindicato le siguieron otros que hubo de constituirles por el procedimiento del anterior. Al cabo de seis meses más contábamos en la provincia con diecisiete sindicatos que agrupaban cerca de tres mil camaradas.

LA PRIMERA BRECHA EN LAS FILAS BOLCHEVIQUES

Por aquellos días llegó Ledesma Ramos a Valladolid, quien al ver la marcha próspera de la organización, pensó en trasladar allí la residencia del triunvirato ejecutivo central, ya que en Madrid no pitaba ni sindical ni políticamente. La policía gubernativa no les dejaba vivir ni moverse. Las JONS de Madrid seguían su marcha ascendente pero de manera muy lenta.

Sindicalmente poco o nada habían logrado. Ledesma Ramos había conseguido la colaboración de varios elementos de valía procedentes de la CNT y partido comunista, pero éstos se hallaban desconectados de la organización y de la masa. Uno de estos elementos era un anarquista, Sotomayor. Este camarada, viejo cenetista, anarquista después, fue el organizador y propulsor de la famosa huelga de la telefónica. Ello le valió que al finalizar la huelga le condenasen a dos años y un día de cárcel como responsable de la huelga. Ledesma Ramos le conoció en ocasión de hallarse los dos cumpliendo condena en el penal de Ocaña. Intimaron y de aquella amistad salió la ruptura de Sotomayor con la CNT-FAI y su incorporación a las JONS.

Nada tiene de particular esta decisión de Sotomayor si tenemos en cuenta que él era cenetista pero nunca anarquista. Al venir la fusión de la FAI y de la CNT, él y los responsables directos de la CNT rompieron con la organización por considerar que a partir de la fusión la organización tomaba un tinte internacionalista que hasta entonces no había tenido por considerarlo perjudicial para la clase trabajadora y la lucha de clases. Con ese motivo, constituyeron en Cataluña una fracción sindicalista disidente llamada de los “treinta” o “frentistas” por ser treinta los responsables que firmaron el manifiesto disidente. Al frente de la nueva central sindical estaba Pestaña, viejo líder sindicalista.

El campo de acción de la nueva central sindical era reducidísimo y su porvenir como organización de masa con sentido violento y revolucionario, dudoso. Sotomayor lo comprendió así, y viendo en el nacional-sindicalismo un futuro de masas y de revolución aceptó las sugerencias de Ledesma Ramos. Tras él marcharon todos aquellos sobre los cuales

ejercía influencia, logrando reunir una serie de individualidades, entre las que se encontraban Pascual, Olcina, Sarabia, etc... Hasta aquella fecha ni Madrid ni ninguna capital de España habían conseguido lograr nada positivo y básico. Sólo Valladolid caminaba con paso firme empujado por todos los vientos, pero siempre conservando su verticalidad.

FE DE LAS JONS

Con la fusión de las JONS y FE la organización entró en una fase de actividad sobre todo con lo que respecta a la fase sindical. Aquí podríamos decir comienza la segunda época o fase de la actividad sindical de FE de las JONS.

El nuevo triunvirato nacional constituido por José Antonio Primo de Rivera, Ledesma Ramos y Ruiz de Alda, ordenó en el mes de julio de 1934 que dos camaradas, Sotomayor y Camilo Olcina, procediesen a montar los cuadros sindicales de la Falange. A estos camaradas se unieron otros: un anarquista, Moldes, un excomunista, Mateo y Medina, que procedía del sindicalismo católico. Esta mezcla fue la primera demostración de hermandad y camaradería del nacional-sindicalismo, pues pensando sólo en el futuro de España y en la implantación de una auténtica justicia social para todos los hombres se unieron todos ellos en la disciplina y en la fe de una amanecer imperial que se presentía ya entre los primeros nacional-sindicalistas de las catacumbas madrileñas.

La Falange iba a actuar por primera vez en Madrid en el terreno sindical, y era necesario que esa actuación fuese seguida de un éxito indiscutible y seguro y rodeado de la mayor espectacularidad posible.

Reunidos los camaradas antes citados con el triunvirato nacional, convinieron en que la primera medida a tomar y la primera tarea a realizar era la colocación de todos los obreros en paro forzoso que había en Madrid. Eran cerca de cien mil los trabajadores que en Madrid sufrían los rigores del paro forzoso, y aquello no podía continuar. Nadie mejor que la Falange, que desde que nació venía clamando contra las injusticias, para levantar la bandera de la justicia en defensa de tantos millares de hambrientos. Por otra parte era necesario que probásemos nuestra capacidad de agitación y ver si éramos capaces de mover a las masas al impulso de las consignas nacional-sindicalistas.

Se pensó donde se podía dar trabajo a los que no lo tenían, viendo que no había más que una solución: las obras en construcción. Así se comprendió y el plan se preparó y desarrollo de la siguiente forma:

GANAMOS LA PRIMERA BATALLA A DERECHAS E IZQUIERDAS

Se montaron varias secretarías en la calle del Marqués del Riscal. Se redactaron unos manifiestos invitando a los obreros parados a que acudieran a nuestras oficinas donde se les proporcionaría un volante para ir a trabajar. Se repartieron por todos los barrios de Madrid, y los camaradas que los repartían tuvieron que sufrir varias veces las embestidas violentas de los grupos marxistas que se oponían a su reparto. Hubo varios heridos, y al llegar a Cuatro Caminos los grupos comunistas aumentaron en número y en violencia, viéndose nuestros camaradas obligados a su defensa. Sonaron varios tiros, y en el suelo quedó muerto un significado comunista apellidado Grado.

Ya estaba dado el primer paso. El texto de los manifiestos y la muerte de Grado soliviantó a los marxistas de modo furioso. Nosotros habíamos logrado nuestros objetivos: repartir las hojas y vencer en su propio terreno al marxismo. Lo demás se nos iba a dar por añadidura.

Al llamamiento acudieron todos los obreros de Madrid que estaban en paro forzoso. Las oficinas, el jardín de la casa, el patio y varias calles de los alrededores se hallaban llenas de obreros que formando gigantescas colas esperaban el turno para formalizar su inscripción en sus respectivos sindicatos. Hubo que poner mesas en el garaje y en el patio de la casa, pues las secretarías eran impotentes para dar abasto a la avalancha de trabajadores que solicitaban su ingreso. Así durante toda la semana.

Ante tal éxito de gente y tal entusiasmo en los trabajadores, los dirigentes marxistas de Madrid enviaron agentes provocadores para perturbar el orden y la disciplina de los grupos de obreros. Nada consiguieron; el entusiasmo y la disciplina continuó hasta el sábado, en que quedaron cerradas las listas. El sábado se les convocó a todos y José Antonio les dirigió la palabra. Les hizo ver la injusticia de su miserable situación por culpa del capitalismo liberal y del marxismo antiobrero. Cuando terminó de hablar, el entusiasmo de los trabajadores se desbordó y por todos los sitios se oían gritos de ¡Viva el nacional-sindicalismo! y ¡Arriba España! Cuando el entusiasmo cesó un momento, volvió a tomar la palabra José Antonio para decirles que el lunes, cuando fuesen a trabajar, que lo hiciesen ordenadamente pero con energía viril

e ímpetu revolucionario, ya que lo que iban a solicitar era una cosa de justicia para poder llevar de comer a sus madres, a sus mujeres y a sus hijos.

Se formaron grupos de obreros y se les indicó a cada uno una obra determinada a la que se habían de dirigir el lunes siguiente con herramientas y preparados para trabajar. Ya José Antonio había enviado el día antes unas cartas circulares a todos los empresarios y contratistas de las obras en construcción señalándoles que el lunes se presentarían a trabajar en sus obras un número determinado de obreros a los cuales exigía admitiese en nombre de la España una, grande y libre, por la patria, el pan y la justicia. Ninguno de ellos se dignó a contestar, y para el lunes, día fijado para admitir al trabajo a nuestros camaradas en paro forzoso, desaparecieron de Madrid, dando órdenes a sus respectivos encargados de no admitir a ningún obrero de Falange.

Esa fue la conducta de los patronos para con los obreros de Falange. No sabemos si lo harían con mala intención o por cobardía, pero lo que sí quedó demostrado una vez más fue el vergonzoso contubernio entre capitalistas y marxistas. Mas la justicia es implacable y sin esperar a la que como castigo a su traición y cobardía haga en su día la Falange, la justicia divina se ha encargado ya del castigo que merecen. Muchos de aquellos empresarios y patronos que se escondieron bajo el manto de su cobardía ya a estas horas han caído bajo el cuchillo o la pistola de aquellos con que transigieron y pactaron.

Llegó el lunes, y los obreros divididos en grupos se presentaron en las obras indicadas para proceder a trabajar y no fueron admitidos. En algunas, como en la de los nuevos ministerios, les recibieron a tiros los mismos obreros que en ellas trabajaban, cayendo asesinado uno de los nuestros. En otras, ni siquiera les abrían las puertas. Los jerifaltes de la Casa del Pueblo, reunidos con los delegados de obras el domingo, acordaron defenderlas obras como si de cosa particular suya se tratase. No importaban los procedimientos, lo interesante era que ningún obrero *fascista* trabajase. ¡De esa forma ayudaban a sus hermanos de clase!

A una de las obras llegó José Antonio en persona y él mismo, pistola en mano, saltando la valla que la defendía abrió la puerta desde dentro. Hizo entrar al grupo de obreros que le seguían, quedándose admirados los que trabajaban allí ante la actitud de quien ellos consideraban como un “señorito millonario”. No salían de su asombro viendo que era el mismo José Antonio el que, exponiendo su vida y jugándose todo, capitaneaba a un grupo de auténticos trabajadores como ellos.

En algunas de las obras lograron trabajar; pero al día siguiente, y amparados por el ministro de trabajo, eran todos despedidos sin percibir el sueldo del día que habían trabajado. La incompreensión y la torpeza egoísta y miedosa de la clase patronal dio el bochornoso espectáculo de no querer admitir a los trabajadores nacional-sindicalistas, demostrando con ello que no eran dignos de la hermandad nacional-sindicalista que la Falange les brindaba y que se hallaban mucho más lejos del sindicalismo nacional que del sindicalismo marxista.

Por si lo sucedido era poco, aún nos quedaban por ver cosas más absurdas. Como consecuencia de la revolución de octubre, fueron solicitados a nuestro sindicato obreros de todas las profesiones para cubrir distintos puestos en empresas particulares y oficiales. Todos los camaradas afectos a nuestra central sindical rivalizaron en el cumplimiento de su deber. De nada sirvieron las amenazas de los revolucionarios marxistas para evitar que nuestros camaradas entrasen a cumplir el servicio, pues ni las amenazas ni el mismo atentado —hubo varios que costaron la vida de algunos de nuestros camaradas— fueron lo suficiente para forzar la voluntad de los trabajadores nacional-sindicalistas. Nuestros camaradas atendieron los servicios públicos: prensa, correos, tranvías, limpieza, funerarias y otros muchos en los que se jugaron la vida por España en las calles de Madrid amenazados por las pistolas marxistas. Pues bien, con toda esa hoja de servicios por delante, apenas había pasado el peligro de la revolución, casi todos fueron despedidos para volver a admitir a los antiguos huelguistas de octubre. De nada sirvieron las razones de nuestros camaradas, pues las empresas, miedosas e intransigentes como siempre, se hicieron sordas a tan justas reclamaciones. Lo mismo tenemos que decir del ministro de trabajo, que, por cierto, era de la CEDA.

Una vez más las empresas y las autoridades se burlaban de nuestros camaradas ante la amenaza de la huelga o de las pistolas bolcheviques. A nosotros no nos pilló de sorpresa, porque hacía mucho que conocíamos el espíritu de justicia de que estaban animados empresarios y patronos y la cantidad de “patriotismo” que llevaban debajo del traje. Así han sido siempre las derechas españolas. La resonancia de estas actuaciones se extendió por España y las organizaciones provinciales de FE de las JONS empezaron a interesarse por los sindicatos, solicitando normas y propaganda sindical. Entre las capitales que lo solicitaron están Zaragoza, Asturias, Burgos, Sevilla, Valencia, etc. en

Valladolid dejaron de llamarse “Sindicatos Autónomos” siendo desde entonces “Central Obrera Nacional-Sindicalista”. El nombre de Central Obrera Nacional-Sindicalista fue creada con anterioridad a los veintisiete puntos de Falange, con el fin de enfrentar una central sindical con el carácter nacional de la Falange a las otras centrales sindicales, CNT y UGT que ejercían el control de las masas trabajadoras sindicales. En Madrid se organizaron hasta el mes de diciembre de 1934 los sindicatos siguientes: comercio, transportes, artes gráficas, industria hotelera y similares, ferroviario, construcción, banca y oficina, oficios varios y numerosas secciones que actuaban fuera de los sindicatos, pero sobre las que la central ejercía el control sindical. El total de afiliados que había por aquel entonces en Madrid era de unos veintitrés mil.

SINDICATOS DE ZARAGOZA

En marcha la organización de Madrid, salieron para organizar la CONS en provincias varios camaradas.

En el mes de noviembre de 1934 fueron enviados a Zaragoza por el Jefe Nacional, los camaradas Sinforiano Moldes y Valentín Medina, para que procediesen a montar los cuadros sindicales de la CONS. Nuestra condición ofensiva nos hacía buscar los sitios difíciles a nuestra actividad nacional-sindicalista. Zaragoza era el feudo de la CNT; Zaragoza era difícil para nosotros, lo sabíamos, pero tampoco se nos ocultaba que de allí podían salir nacional-sindicalistas de avanzada y parapeto.

Cuando llegaron los camaradas Moldes y Medina, ya el camarada Andrés Candial, por encargo de la jefatura local, había comenzado los trabajos de organización, consiguiendo agrupar bajo nuestras consignas a buen número de trabajadores. Ni que decir tiene que casi todos ellos eran elementos destacados y viejos militantes de la CNT. Los cenetistas se escandalizaron al ver que los mejores compañeros iban a engrosar los cuadros nacional-sindicalistas.

Los primeros trabajos de los camaradas enviados de Madrid se encaminaron a constituir cuatro sindicatos: oficios varios, construcción, oficinas y transportes. Al frente de estos sindicatos pusieron a algunos camaradas que procedían de la Confederación Nacional del Trabajo, entre ellos Ángel Inglés y Melchor Rocatallada. Con ellos colaboraban viejos camaradas de las JONS de Zaragoza, como Melchor Hernando, Fernando Cortés, Juan Tonda, Lucio Beorlegui, Mercedes Cortés, Mariano Marcos, José Soria y otros.

Todo lo que se diga a propósito de las dificultades que estos camaradas encontraban para el desenvolvimiento sindical de la Falange, es poco. Las izquierdas y las derechas rivalizaban en poner obstáculos. Venciendo toda clase de dificultades, estos camaradas lograron mantener la organización sindical en constante progreso y tensión revolucionaria. Visitando a empresas y patronos, consiguieron colocar a muchos camaradas y evitar abusos que contra nuestros camaradas sindicados se intentaba cometer. Estuvieron siempre en constante comunicación con el secretariado sindical de Madrid, y una vez que consideraron puesta en marcha la organización regresaron a Madrid.

Después de algún tiempo, y como surgieran dificultades en la organización, dada la situación que atravesaba la Falange en aquella época heroica, fue mandado a Zaragoza, para quedarse definitivamente al frente de la CONS el camarada Valentín Medina. Procedió a la organización de los sindicatos, reduciendo a uno solo, el de Oficios Varios, los cuatro que allí había. Al proceder a la reorganización recibió nuevas colaboraciones de los camaradas José Ayerdi, José de la Sandina, Joaquín Rosell, Fernando Luna y otros, que inmediatamente comenzaron a trabajar en la organización.

No hemos de negar que, al principio, llegaron a nuestro sindicato muchos obreros que desconocían el programa social de la Falange, y que al darse cuenta de la realidad se quedaron con nosotros únicamente lo que, manteniendo el espíritu revolucionario de las organizaciones sindicales a que antes pertenecieron, supieron encuadrarse en nuestra disciplina. Entre estos camaradas han salido los mejores combatientes nacional-sindicalistas. Así, en Zaragoza, por ejemplo, sufrió heridas Tadeo Martínez, al que dispararon varios tiros desde un automóvil atravesándole una pierna cuando salía del trabajo; Antonio Abraim y otros camaradas fueron perseguidos y encarcelados varias veces.

Después del 16 de Febrero, cuando por triunfar las izquierdas fueron clausurados los centros de Falange y por lo tanto el de la CONS, los camaradas que de verdad estaban identificados con nuestro estilo y nuestras consignas se aprestaron a la lucha contra los enemigos de España y del orden social. Los dirigentes más activos fueron encarcelados: Inglés, Rocatallada, Pardina, Candial, Ayerdi, Luna, Abraim y Soria. Todos participaron de las amarguras de la cárcel, para después, de la gloria y el triunfo.

Al mismo tiempo que estos camaradas estaban en la cárcel, otros camaradas obreros se apresuraron a organizar una Falange Obrera clandestina que en los primeros momentos del glorioso Movimiento Nacional se aprestaron a luchar y a colaborar con nuestro ejército, resultando heridos varios de sus mejores componentes, entre ellos los camaradas Melchor Belsué, Valentín Páramo y Lucio Beorlegui, y muerto en acto de servicio, el camarada Ángel Inglés, durante los primeros días de la Revolución Nacional.

No puede ocultarse la vida intensa que nuestros sindicatos vivieron en Zaragoza hasta el 18 de Julio liberador. Siempre que se trate de hacer historia sobre la actividad sindical de la Falange, habrá que tener en cuenta a nuestros camaradas de Zaragoza.

VALLADOLID POR EL SINDICALISMO NACIONAL

Otra de las provincias donde siguió viviéndose intensamente el sindicalismo nacional fue Valladolid. Hasta constituirse en Madrid y extenderse a toda España la Central Obrera Nacional-Sindicalista siguieron actuando con toda intensidad los Sindicatos Autónomos. De entre los hechos más notables realizados durante este período de tiempo que abarca hasta la constitución de la “Central Obrera Nacional-Sindicalista”, se destaca el relacionado con la huelga de camareros en Agosto de 1933.

Ya advertimos como en Valladolid los Sindicatos de las JONS se iban imponiendo progresivamente a las organizaciones marxistas. En nuestra organización, los camareros daban buen contingente de afiliados. Sabiéndolo los dirigentes marxistas, andaban recelosos y cautos en todo lo que se refería al sindicato de esta profesión afecto a la Casa del Pueblo. Precisamente por ello deseaban congratularse con los disidentes y andaban buscando ocasión propicia. Pero ocurrió lo contrario.

Con ocasión de celebrarse en Valladolid un acto político en el que intervenía Gil Robles, la Casa de Pueblo decretó la huelga de camareros. Con este motivo, uno de los cafés más importantes, *Royalty*, abrió sus puertas y admitió a trabajar a personal de nuestros sindicatos, que sustituirían a los vacantes de los de la Casa del Pueblo. Ni que decir tiene el *bollo* que se armó. Las lunas del establecimiento y las mesas fueron apedreadas y rotas por los huelguistas. Se intentó un conato de huelga general que por falta de ambiente no se llevó a efecto.

Mas nada pudo con el tesón y el valor de la empresa del café y la violencia serena de nuestros camaradas. A las agresiones de los marxistas respondieron los nuestros de siempre con ventaja. Y al cabo de un mes, los *terribles* marxistas se dieron totalmente por vencidos.

La conquista conseguida suponía más de lo que en aquella ocasión nosotros suponíamos. Veamos:

Los dirigentes marxistas, entre los que se hallaban los diputados Landrove y Garrote, se dieron cuenta inmediata de lo que iba a repercutir en la organización marxista de la provincia si la huelga fracasaba; pero mucho más aún si en el lugar de los obreros socialistas quedaban los trabajadores nacional-sindicalistas. Esto último había de evitarlo a toda costa.

Para conseguir sus propósitos se movilizó a Cabello, diputado por Valladolid y secretario de la Ejecutiva nacional del partido socialista; Landrove y Garrote, también diputados por la provincia, y a todas aquellas personas influyentes que les fuese fácil llegar hasta el ministerio de Largo Caballero. Todas estas fuerzas movilizadas parecía lógico que aplastasen nuestra pequeñez e insignificante personalidad sindical. Sin embargo, no fue así, y ante el mayor asombro vimos cómo el ministro marxista fallaba favorablemente a nuestros camaradas.

Que nosotros llevábamos razón, lo sabemos, pero es que en aquel entonces, el interés de la organización lo ponían los jefes marxistas por encima de toda razón. Nunca llegamos a saber el porqué de aquella “debilidad” del ministerio marxista. ¿Acaso miedo? Bien pudo ocurrir.

Sin ningún género de duda esa fue una de las más duras batallas ganadas al marxismo en el terreno sindical. ¡Y eso ocurría en agosto de 1933! Así pasó, que desde esa fecha nos fue concedida por los marxistas la carta de respeto que hasta entonces nos habían negado. El nacional-sindicalismo había vencido al marxismo una vez más.

Poco después de constituirse la CONS en Madrid llegó a Valladolid el camarada Mateo, que se puso al habla inmediatamente conmigo. Cambiamos impresiones sobre la situación de nuestros sindicatos en España y particularmente sobre la organización de Valladolid. Coincidimos en reconocer la serie de dificultades que se oponían a un normal desenvolvimiento de nuestros sindicatos, acordando vencerlas fuese como fuese y apelando a cualquier

medio, por muy violento que fuera. Onésimo Redondo, que estuvo presente en la conversación, aprobó nuestra actitud.

Después del acto político que con motivo de la fusión de FE y JONS se celebró en Valladolid, en el que con José Antonio, Onésimo, Ruiz de Alda, Ledesma Ramos y Bedoya dirigió la palabra en nombre de los obreros revolucionarios, rebeldes y patriotas, las cosas cambiaron. Por un lado los trabajadores acudían a nuestros sindicatos con una prisa que nunca habían tenido; por otro, y como consecuencia lógica, los ataques y las persecuciones marxistas y anarquistas fueron creciendo cada día. Los atentados a camaradas de nuestros sindicatos se repetían casi a diario.

La labor de agitación entre los “sin trabajo” de Madrid, el crecimiento rápido y la potencialidad de los sindicatos de la capital de España, repercutió en toda la nación, particularmente en Valladolid por su proximidad a Madrid. Eso, y la unidad sindical que el camarada Mateo imprimió desde Madrid a toda la organización de España, nos dio desde entonces el carácter de una central sindical potente y disciplinada. Esa potencia y esa disciplina hizo que nuestros enemigos se fijasen en nosotros con más atención, cosa que en cierta forma nos perjudicaba, ya que así nos era más difícil el desenvolvimiento normal de las actividades sindicales.

De marzo del 34 a Agosto del mismo año, la potencia de nuestra central creció de forma inesperada para los hombres marxistas y los de la CNT-FAI. Nuestro domicilio sindical se veía abarrotado todos los días de nuevos camaradas y el número de sindicatos aumentó también. Ya no era sólo en la capital; en la provincia, los campesinos se agrupaban en nuestros sindicatos sin apenas hacer propaganda. En numerosos pueblos de la provincia hubo que constituir sindicatos, ya que el número de obreros que los solicitaban eran los suficientes para poderlos constituir. Llegó a tal extremo nuestra popularidad que en Zaratán, pueblo próximo a Valladolid, ocurrió el siguiente caso:

Estaba yo un día en las oficinas sindicales de Valladolid cuando se me presentaron cuatro obreros campesinos que dijeron tenían que hablar conmigo de algo urgente. Me hablaban con una decisión y con un aplomo, que dudé de lo que podía tratarse. Los mandé sentar. Los cuatro eran auténticos campesinos. Mal trajeados, las manos ennegrecidas, rugosas y deformadas por las callosidades del constante trabajar, la cara curtida, con rugosidades prematuras producidas por el exceso de trabajo y la mala alimentación, me producían cierto respeto y admiración a la vez que aquellos hombres que se habían sentado y aún no se habían movido de la primera postura.

Por fin hablaron: “Mire; nosotros somos obreros de Zaratán. Durante muchos años hemos estado afiliados al sindicato de la Casa del Pueblo, aunque sin ser nunca socialistas. Usted sabe que en nuestro pueblo los obreros han estado siempre, en su totalidad, afiliados a la Casa del Pueblo. El que no se afiliaba, no podía vivir ni trabajar. Pero es que ha llegado el día en que ya no hay quien aguante más. Estamos dispuestos a arrastrar todas las consecuencias, pero queremos separarnos del sindicato marxista. Sabemos que esto puede costarnos incluso la vida, pero no nos importa. De los cuatrocientos que aproximadamente estamos afiliados, hay unos sesenta que estamos dispuestos a constituir Sindicato aparte y que sea usted el que nos oriente, como ya lo ha hecho en otros pueblos; así que usted dirá?”

La verdad es que me quedé algo asombrado, porque no me entraba en la cabeza cómo precisamente Zaratán, que era el pueblo más rojo de la provincia, venía a nosotros cuando menos lo pensamos. De Zaratán son Eusebio González y Trifón Gómez, ambos diputados socialistas. Por todo esto no se me ocultaba la repercusión y las consecuencias que el constituir el sindicato en Zaratán podía traer. Nada más que esto: el pueblo más rojo de la provincia pegar una rebanada que al primer golpe desgaja casi por la mitad a unos de los sindicatos en el que más confianza tenían los jefezuelos rojos. Aquellos colmaba nuestras aspiraciones en el trabajo en las ambiciones.

Después de escucharles, les prometí que por la noche iría verles y que inmediatamente constituiríamos el sindicato.

Efectivamente, por la noche, acompañado de otros dos camaradas, me presenté en el pueblo para proceder a la constitución del sindicato. A la entrada del pueblo nos esperaban todos los camaradas disidentes de la Casa del Pueblo de Zaratán. Al llegar junto a ellos, nos saludaron al estilo nacional-sindicalista, dándose a la vez varios vivas a las JONS y seguimos a pie hasta el salón que teníamos preparado para reunimos.

Como era natural, entre los elementos marxistas había un revuelo poco tranquilizador para nosotros, pues al llegar al pueblo se nos advirtió que los dirigentes de la Casa del Pueblo y el alcalde de filiación marxista, habían asegurado a sus huestes que no tuviesen cuidado, que teníamos miedo y que no iríamos, pero que en caso de que lo hiciésemos, que todo estaba preparado para darnos una lección y hacer fracasar nuestro proyecto. Algo debía de haber, porque en cada esquina de las calles había un grupo de cazurros marxistas en plan de espera y agresión.

Al final, nada pasó; hice uso de la palabra diciéndoles lo que era el nacional-sindicalismo para la clase trabajadora

y lo que significaba el marxismo para la misma. Terminé felicitándoles por el acto digno y valiente que acababan de realizar al soltar las ligaduras que les sujetaban a los traidores marxistas. Entre el mayor entusiasmo y optimismo quedó constituido el sindicato de obreros del campo, regresando a Valladolid sin que los matones marxistas dieran señales de vida. A propósito de esto, publicamos por aquellos días en *Libertad* lo siguiente:

“Los obreros libres contra los tiranos marxistas de Zaratán.— Tanto como nos apenaba el hundimiento moral y material de los obreros campesinos al aceptar las consignas marxistas como medio de su emancipación, nos alegra y nos satisface hoy el ver que esos mismos obreros marxistas ayer, antimarxistas hoy, renieguen de la criminal lucha de clases, morbo terrible que aniquila y corroe el cuerpo social, inutilizando al hombre como ciudadano, como productor y como revolucionario. Es tan satisfactorio ver pueblos como el de Zaratán que, siendo el principal feudo de los socialistas (del mencionado pueblo son los diputados socialistas Trifón Gómez y Eusebio González) hoy los obreros de allí, cansados de hacer el caldo gordo a unos cuantos desaprensivos vividores de la honradez obrera y de la buena fe de los trabajadores, se rebelan contra sus tiranos enmascarados con el disfraz de apóstoles de la revolución. No quieren seguir más tiempo engañados y explotados por los embaucadores marxistas, y sí redimirse por sí mismos. Para conseguirlo lo primero que han hecho ha sido darse de baja colectivamente en la Casa del Pueblo más de la mitad de sus afiliados. El resto lo harán en breve”.

De esa forma dábamos una lección a los marxistas y ganábamos nueva partida. Tanto fue así que los dirigentes supremos del marxismo en la provincia tocaron a rebato y arreciaron la campaña contra nosotros y contra mi particularmente, por lo que tuve que tomar nuevas medidas de seguridad. A pesar de todas las precauciones que tomaba, siempre procuraba aparentar despreocupación por el peligro.

Al sindicato de Zaratán y a otros que ya teníamos constituidos les siguieron muchos más por los pueblos de la provincia. De día en día aumentaba nuestra actividad ante el asombro de nuestros enemigos. Tal vez nuestra prisa, que en el mes de diciembre del 34 contaban nuestros sindicatos de los pueblos de la provincia con muchos más afiliados que los marxistas. Y conste que nada de alfombras para pisar, sino todo lo contrario, porque los patronos, que nos podían haber ayudado sirviéndose de obreros de nuestros sindicatos, lo hacían de los marxistas, no sabemos si por miedo o por qué. Creo que eso mismo ocurría en toda España, con ligeras excepciones.

Como el trabajo en la provincia era cada día mayor y como no disponíamos de dinero para alquilar automóviles que nos trasladasen a los distintos pueblos, le propuse a Onésimo la adquisición de una moto, que con facilidad la compraríamos y la podríamos sostener. Le pareció bien y así se hizo. Desde entonces recorría yo todos los pueblos de Castilla con propaganda, creando sindicatos, dando conferencias y haciendo subscripciones para *Libertad*.

Mi actividad seguía exasperando a los bolcheviques y las amenazas y los anónimos se sucedían. Pero claro, algún día tenía que ser de verdad. Así sucedió. Una noche, cuando me retiraba a casa, se me acercó en la calle de Santiago un individuo, diciéndome que me conocía y deseaba ajustar ciertas cuentas que tenía pendientes conmigo. No me negué; hubiese sido peor, puesto que aquella vez iba a ser frente a frente, y si me negaba, para otra ocasión bien pudiese ser por la espalda. Le dije donde quería que fuésemos, y me indicó que a las “moreras”, lugar situado en las afueras de la ciudad.

Para demostrarle que no tenía miedo y que no me importaba jugarme la vida, caminé delante de mi enemigo. Al llegar al lugar designado, noté que ocho individuos más me estaban esperando. Nos cruzamos con ellos e hice como que no me interesaban, siguiendo adelante. Noté que el que me había desafiado no venía conmigo, y volví la cabeza, notando que junto con los otros individuos se escondía en el portal de una casa que allí existe.

Con rapidez me fui a ellos y me encontré con que habían cerrado la puerta. Yo, que desde el principio llevaba en el bolsillo del pantalón amartillada la pistola, ante la cobardía que ellos demostraban, me envalentoné y empujé la puerta. Como esta no cediese, les insulté y les cité afuera, puesto que ellos eran varios y yo estaba solo. No lo hicieron y seguí empujando para ver si lograba abrir. Por fin cedió la puerta, y ya dentro medio cuerpo en el portal, me dispararon un tiro que fue a incrustarse en la región inguinal. Inmediatamente me di cuenta de la gravedad; pero allí tenía yo la pistola, de la que hice uso hasta agotar el cargador. Sólo logré herir a uno de los forajidos marxistas, porque inmediatamente de herirme echaron a correr escaleras arriba.

Como notase la gravedad, repito, me dirigí por mi propio pie hasta la parada de taxis más próxima, a la que llegué con gran trabajo, pues la herida se me había quedado fría. Al llegar al hospital, me era imposible moverme; pero mi ánimo y mi espíritu seguían frescos y firmes. Doce días tardé en curar, al cabo de los cuales reanudé con más coraje y más fe las actividades sindicales y políticas.

Durante mi estancia en el hospital, recibí infinidad de muestras de hermandad por parte de casi todos los camaradas de Valladolid y aún de fuera, entre los que se destacaron Onésimo y Merceditas; Bedoya, desde Bilbao, mandó un artículo para *Libertad* que voy a transcribir a continuación:

“A Emilio Gutiérrez Palma.— Has sido herido. Muchas veces te lo anuncié: tus crudas campañas periodísticas contra los jefes del marxismo, descubriendo sus traiciones a la clase proletaria; tu labor ardua —y abundante en resultados— en los más bajos fondos sociales, haciendo vibrar su dignidad adormecida de patriotas; —caballero en la ‘moto’ potente, lleno el sidecar de propaganda, por esas carreteras polvorientas de Castilla, contando por cientos los kilómetros de tu peregrinar diario y por cientos los nuevos adeptos que lograbas en tu esfuerzo cotidiano—, colmaba la medida, era demasiado para los enemigos de España; los que nunca han querido discutir contigo, han sabido empuñarla pistola asesina”.

“En las horas largas de hospital reposa y recuerda todo lo que has hecho en estos meses: has fundado sindicatos, organizaste las marchas deportivas, has escrito grandes y fuertes cosas, has enardecido a muchedumbres y disciplinado a miles de campesinos. Rodeado de densa popularidad, has descuidado tu seguridad. La gente es buena, respondías invariablemente cuando se te prevenía el peligro. Tu, hombre del pueblo, no temes —haces bien— al pueblo. Pero es que no era contra el pueblo contra el que te preveníamos, sino contra los explotadores del pueblo, que en su cobardía pagan a mercenarios del crimen.

“Desde este centro de JONS de Bilbao, tan juvenil y proletario, en donde hilvano estas líneas que te envío, recuerdan muchos tu figura exaltada de revolucionario, diciendo en aquel gran mitin de Valladolid: ‘juro que nuestras promesas de justicia social serán una realidad’, mientras de un puñetazo rompías la mesa tribunicia. Hoy tu juramento va sellado con tu sangre. Que los obreros te crean, como te creemos nosotros. Por algo has sido señalado con la cruz del fuego de las pistolas antiobreras y antiespañolas.— Javier M. De Bedoya”.

Ese era el panorama y ese era el clima social que se respiraba en Valladolid en el orden político-sindical. Así nos trataban los marxistas y así respondimos nosotros.

Siguieron las persecuciones y los encarcelamientos, y la ley se vio constantemente atropellada. Para los bolcheviques, nuestros sindicatos actuaban fuera de la Ley y los *carnés* sindicales de nuestra organización no servían para nada. Por todo ello, nuestros camaradas sufrían vejaciones sin fin y se les prohibía trabajar si no presentaban el *carne* sindical de la Casa del Pueblo. Con todo ello siempre se les tuvo a raya a los rojos, y en multitud de ocasiones llegamos a imponer nuestra razón y nuestra voluntad. Camaradas de gran confianza, con un coraje y un valor que rayaba la temeridad, se encargaron de meterles en cintura. Muchos de estos camaradas obreros han muerto; otros viven. Entre estos recordamos a Felipe Martín, Arturo Ramos, Teodulfo González, Pinacho, Bergón, etc. En la organización de Sindicatos se distinguieron entre otros también Elías Zarzuelo, Segundino Rodríguez, Alfonso Campomanes, José Delgado, San José, etc.

Todos estos camaradas ponían a disposición de los sindicatos todo cuanto tenían y valían. Todos son trabajadores humildes y muchos de ellos no trabajaban porque no tenían donde. En contraposición con estos obreros nacional-sindicalistas estaba la conducta de algunos patronos de los de mejor posición económica de Valladolid que no sólo no ayudaban a nuestros camaradas, sino que, por el contrario, ayudaban a los rojos dándoles colocación y situándoles en los mejores puestos de la fábrica o de la obra.

Parecía que con tanto entorpecimiento, tanto inconveniente y tan poca ayuda iba a llegar el día que los sindicatos dejaran de existir; pero sólo no ocurría esto sino que estos ataques y estas maniobras contra ellos les fortalecían y vigorizaban. A cada polémica sindical contra los marxistas, siempre eran estos los que primero cedían.

Ni que decir tiene que, sindicalmente, aún estando en minoría, y muy reducida por añadidura, pensábamos en la provincia. Claro que para eso nos lo habíamos ganado, como vulgarmente se dice, a pulso. La recompensa obtenida al duro y peligroso trabajo que a diario realizábamos entre las filas enemigas, era reducidísima pero nosotros nos sentíamos satisfechos al ver que, aunque despacio, caminábamos siempre adelante.

La simpatía que nuestros sindicatos y nuestros hombres despertaban en los grupos sindicales de enfrente partía, principalmente, de que veían en nosotros a la única organización que se preocupaba con afán intenso en la defensa de los obreros en paro forzoso. Valladolid tenía en ocasión del mandato socialista, cerca de cinco mil obreros en paro forzoso. Esto era absurdo ya que en esa provincia estaba todo por hacer, por lo que liquidar el paro obrero hubiera sido cosa de proponérselo. Pero los socialistas, igual que cuando gobernaban los conservadores o los liberales, se preocupaban

más de su medro personal que de los intereses del pueblo productor.

La organización sindical de Valladolid, como las restantes de España afectas al nacional-sindicalismo, recibió de la Secretaría General la consigna de desarrollar una labor intensísima en defensa de los “sin trabajo”. Debíamos, en consecuencia, desarrollar una intensa campaña de agitación por la colocación de todos los parados. Los marxistas entonces en el Poder, nada hacían por la defensa de los setecientos mil parias sin comida que había en España. Con un acierto tal que desconcertó al enemigo, el Secretariado sindical dictó las normas para dar comienzo a la campaña de agitación entre los parados, íbamos a conseguir con ellos movilizar en la nación a los setecientos mil hombres, cosa que jamás consiguieron los marxistas y anarquistas.

Ya hemos relatado como fue lo de Madrid. En provincias y particularmente en lo que se refiere a Valladolid, la movilización fue mucho menos espectacular; pero no por ello dejó de alarmar a nuestros enemigos que ya empezaban a creer en nuestra capacidad de agitación. Como comienzo de la campaña publicamos y repartimos entre todos los trabajadores el siguiente manifiesto:

“Camaradas: el invierno está a dos pasos, la situación de los obreros se agrava con el frío. El espectáculo irritante e inhumano de los obreros sin pan, sin abrigo y sin casa no se puede tolerar. Mucho menos cuando la solución la tenemos en la mano. Basta que queramos. Es un problema de voluntad. Frente a la codicia criminal de unos y la frivolidad de otros hay que poner de manera resulta el coraje preciso para salir de una vez de este estado inaguantable. Después de pasar docenas de meses presos en la miseria más negra y sin que nadie haga nada en serio para resolver nuestra situación angustiosa tenemos que llegar a este convencimiento: Sólo luchando férreamente, sólo imponiéndose como sea, conseguiremos conquistar el pan, la casa y el abrigo. O lo conquistamos mediante la lucha o seguirán en el abandono y la miseria nuestros hogares. No hay términos medios”.

“En Valladolid es bien fácil conseguirlo. Todo está por hacer. Es una ciudad abandonada y sucia. Si el Ayuntamiento y la Diputación quieren no habrá ni un solo obrero con hambre y con frío. Pero... ¿querrán? Pronto lo vamos a ver. Con la continuación de las obras ya comenzadas —actualmente paralizadas—, tales como los grupos escolares de San Nicolás y San Luis; con la construcción de la nueva Audiencia; desviación del colector general del alcantarillado; baños municipales, saneamiento de las márgenes del Pisuerga, saneamiento de todos aquellos barrios obreros que aún no lo están, construcción de estación de autobuses; edificación de cuarteles, puesto que el terreno fue adquirido hace tiempo; tapia de cerramiento del Campo grande y la apertura y ensanche de varias calles en proyecto y muchas otras cosas tan necesarias al vecindario y a la ciudad se conseguirán, sin ningún género de duda, nuestros propósitos. Bien claro está que la solución al paro pueden darla nuestro Ayuntamiento y nuestra Diputación. Bastaría poner en práctica, como hemos demostrado, la reforma interior de Valladolid”.

“El Ayuntamiento socialista debió haber sido el que lo realizase. No lo hizo porque no le dio la gana. Hoy tenemos otro Ayuntamiento, veremos si lo hace. Este Ayuntamiento era de la CEDA y algún monárquico.

“La solución está aquí camaradas parados. Al ayuntamiento y a la Diputación hay que obligarles a que den solución rápido a nuestra angustia. Hay que ponerse en pie y exigir. Todo otro procedimiento no es sino perder el tiempo en alargar nuestra miseria”.

“Manos a la acción ¡Trabajadores!, ¡Camaradas!; ¡No más hambre! Es preciso sentirse viriles para dar salida a nuestra vida. Lucha sin cuartel contra los políticos codiciosos y a cuantos obstáculos nos impiden llevar pan a nuestros hogares.

“¡Obreros parados!, ¡Atrás la cobardía! ¡En pie para luchar contra la indiferencia de unos y el egoísmo repugnante de otros! El supremo interés de nuestra vida y el de España lo exigen. ¡Compañeros vamos a dar la batalla! Pasaos todos por nuestro domicilio, San Blas 12, que es el de todos los trabajadores, para tomar vuestra filiación y formar los cuadros de trabajo. Una vez hecho esto, iremos hasta donde sea preciso para conseguir que sean atendidas nuestras peticiones.

“¡Camaradas parados! Ni uno solo de vosotros sin pan, sin patria y sin abrigo. Los sindicatos nacional-sindicalistas afectos a FE de las JONS”.

Ese era el tono revolucionario de aquel manifiesto, y nuestro de aquella época. A nuestro llamamiento acudieron bastantes obreros, pero no todos los que estaban parados. Aún no creían en nosotros. Con los que acudieron formamos las cuadrillas, enviándolas a distintas fábricas y obras. A los empresarios y patronos les envié una circular el día anterior redactada en términos violentos, pero siempre de acuerdo con las circunstancias. El lunes por la mañana se dividieron

las cuadrillas y yo marché al lugar más difícil, a la Azucarera. El director, que estaba avisado, no se dignó recibirnos, con la excusa de que tenía mucho que hacer. Ante su actitud me desaté en improperios contra él, y el grupo que iba a trabajar empezó a dar señales de impaciencia. No lo debió ver muy bien el tal director, porque a los pocos momentos y por haberlo él solicitado, se presentó una camioneta con guardias de Asalto con órdenes de disolver la pequeña manifestación.

No paró ahí la mala intención de referido director. Al llegar, de regreso, al domicilio sindical, dos parejas de Asalto me esperaban, para llevarme a presencia del Comisario. Sin inmutarme y sin perder la serenidad les seguí.

El Comisario me presentó la carta que yo había enviado al director de la azucarera diciéndome: “El director de la azucarera me ha presentado esta carta que firma usted, en la que se vierten amenazas para dicho señor si no se admite al trabajo a los obreros que usted le manda. Pues bien; le he de advertir que este señor no admite a nadie, porque ni puede ni le da la gana. Por consiguiente, si algo le ocurriese, usted será el responsable”. Y en tono más violento continuó: “Además, estoy dispuesto a terminar con esto a sangre y fuego, ya que esta es la táctica de los anarquistas en Zaragoza y allí ha costado mucha sangre”.

No le contesté porque si lo hago me mete en la cárcel.

El éxito de nuestro trabajo fue reducido pues fueron pocos los contratistas y empresarios que atendieron a nuestros camaradas en su petición de trabajo. Pero el principal objetivo, el de la agitación revolucionaria, estaba conseguido. Los trabajadores se fijaban cada día más en nosotros. Sobre este particular, en el resto de las provincias de España se hizo muy poco.

LA MORDAZA DEL FRENTE POPULAR

Definitivamente nos habíamos situado como fuerzas sindicales del más nuevo estilo revolucionario.

Así habían de llegar las elecciones de febrero que dieron el triunfo al Frente Popular. Este triunfo de las fuerzas de izquierda iba a ser el cerrojazo para todos nuestros domicilios sociales y el dique más potente puesto hasta entonces por los gobiernos de izquierda a nuestra actividad sindical. Cerrados nuestros domicilios sociales; suspendida nuestra prensa y clausurados o disueltos nuestros sindicatos, nada podíamos hacer. Estábamos a la intemperie del primer día.

En los meses que siguieron al triunfo electoral hasta el momento en que el ejército y nuestros camaradas se sublevaron revolucionariamente contra los traidores que nos gobernaban, nada se pudo hacer a la luz del día ni tampoco dentro de la ley. La actuación antigubernamental de nuestros camaradas de Valladolid, trajo como consecuencia el que uno a uno fuesen entrando en la cárcel. Ni la actuación clandestina ni ninguna de las medidas que tomaron para pasar desapercibidos a la policía gubernamental fueron lo suficientemente útiles para evitar que el 18 de Julio casi todos los mejores camaradas estuviesen tras de los barrotes viejos y pegajosos de las verjas de la cárcel.

Los que quedaron fuera no perdieron el tiempo. Las horas libres del trabajo las dedicaban a una labor intensa de agitación clandestina y de actuación violenta contra las autoridades servidores fieles del gobierno del Frente Popular. Así hasta que abiertas las puertas de las cárceles libertadores y libertados empuñaron el macuto y el fusil para morir y vencer en los campos de batalla.

LABOR GENERAL

He relatado los detalles más salientes de nuestros sindicatos y de los camaradas obreros que en ellos intervinieron antes del 17 de julio de 1936. Tres provincias, Madrid, Valladolid y Zaragoza han sido las que, con su actividad, nos proporcionaron los hechos más importantes.

No es que en el resto de las provincias no hubiese nada; sí lo había, pero en proporciones reducidas. Barcelona, Sevilla, Badajoz, Burgos, Palma de Mallorca, Bilbao y otras provincias tuvieron actividades sindicales, si bien no llegaron a constituir un enemigo de respeto para el sindicalismo marxista.

Sin embargo, hubo provincias, como Bilbao, en la que una minoría reducidísima de camaradas se jugaba la vida y la libertad todos los días en franca desigualdad con las potentes organizaciones marxistas y separatistas. Felipe Sanz e Hilario Lorenzo, entre otros camaradas magníficos de la JONS de Bilbao, al frente de un puñado de trabajadores, no sólo dieron guerra y trajeron en jaque constante a los traidores de aquella provincia, sino que sin llegar totalmente a

constituir oficial y legalmente sindicato alguno consiguieron hacer que se hablase de nuestros sindicatos en la prensa de los rojos y que estos llegasen a creer que en nuestra organización había miles de obreros. Todo ello gracias a la actividad y el desprecio de la vida con que realizaban la propaganda y se enfrentaban con los bolcheviques. Como decíamos, poco o mucho, algo había en todas las provincias de España. Tanto es así que en casi todas las provincias cayeron camaradas obreros bajo el plomo de las pistolas mercenarias de los traidores internacionalistas.

Desde la creación de las primeras JONS hasta el 18 de Julio fue un constante despertar de obreros de las filas marxistas a buscar un puesto de peligro bajo los pliegues rojinegros de la bandera nacional-sindicalista. Si no lo hicieron más fue por dos cosas: una, porque nos desconocían tal cual éramos en realidad; hoy, cuando aún el nacional-sindicalismo no ha podido que sus doctrinas se conviertan en realidad, los millares de trabajadores agrupados en nuestros sindicatos ven ya en el sindicalismo nacional la base firme y segura de una redención verdadera que el marxismo jamás habría podido realizar.

Otra de las causas fue la violencia marxista; muchos trabajadores sabían que sólo nosotros éramos capaces de realizar la resolución que necesitaba el pueblo trabajador, pero no entraban en nuestra hermandad nacional-sindicalista, porque las pistolas bolcheviques no perdonaban a los desertores.

Pero el orgullo supremo de la Falange es el haber creado una minoría revolucionaria de estudiantes y obreros, gracias a la cual ha sido posible un 18 de Julio y se hará la revolución nacional-sindicalista.

De aquellos camaradas, obreros y estudiantes de la primera hora, pocos quedan, pues fieles a su promesa de luchar contra el marxismo, desde el primer día empuñaron el fusil para dar ejemplo a los que habían de llegar después, y la mayor parte y los mejores viven y vigilan con nosotros, pero ya no están a nuestro lado con el fusil, con la herramienta o con el libro, como tantas veces lo estuvieron.

Para vosotros, los viejos camaradas que vigiláis desde arriba, serán los mejores frutos de esta magnífica cosecha que ya empieza a madurar.

EMILIO GUTIÉRREZ PALMA

[1937]

